

Guerra de Irak

Primeras Reflexiones Tácticas

General de División Felipe Quero Rodiles, Ejército de España

PARA EL PENSAMIENTO militar, la intervención aliada en Irak, en 2003, despierta un interés muy superior al de la mayoría de los enfrentamientos bélicos, debido a los importantes matices y precisiones que aporta acerca de algunos de los preceptos vigentes en las modernas doctrinas militares de los países occidentales.

A pesar de la escasez de información disponible y aun aceptando el riesgo de errores o imprecisiones, es posible, y por tanto conveniente, extraer ya algunas conclusiones militares. Así pues, el propósito de este trabajo es efectuar unas primeras reflexiones tácticas sobre sus aspectos principales, concretándolos en las tres vertientes que más directamente afectan a la acción militar: los planteamientos, los principios y los procedimientos.

Los Planteamientos

El mando aliado concibió esta confrontación como un enfrentamiento claramente asimétrico, de forma que la diferencia tecnológica proporcionaría al bando anglo-norteamericano, una ventaja tan enorme en todos los órdenes que el desmoronamiento de la resistencia iraquí se produciría de una forma general y rápida.

Los resultados obtenidos confirmaron el acierto de dicho planteamiento, subrayando, una vez más y de manera palmaria, la importancia trascendental que tiene la tecnología para las capacidades militares. Con una superioridad tecnológica tan evidente como la puesta de manifiesto por el bando aliado, resulta posible alcanzar el éxito con pocas fuerzas terrestres, en poco tiempo y provocando pocas bajas, lo cual supone un cúmulo de ventajas muy deseable e inalcanzable de otra manera. Por ello, para todo Ejército es esencial gozar de la más profunda “brecha tecnológica” posible con relación al enemigo, garantizando así un éxito rápido y eficiente. Y ante un adversario con clara superioridad tecnológica, resulta imprescindible acogerse al manto protector de

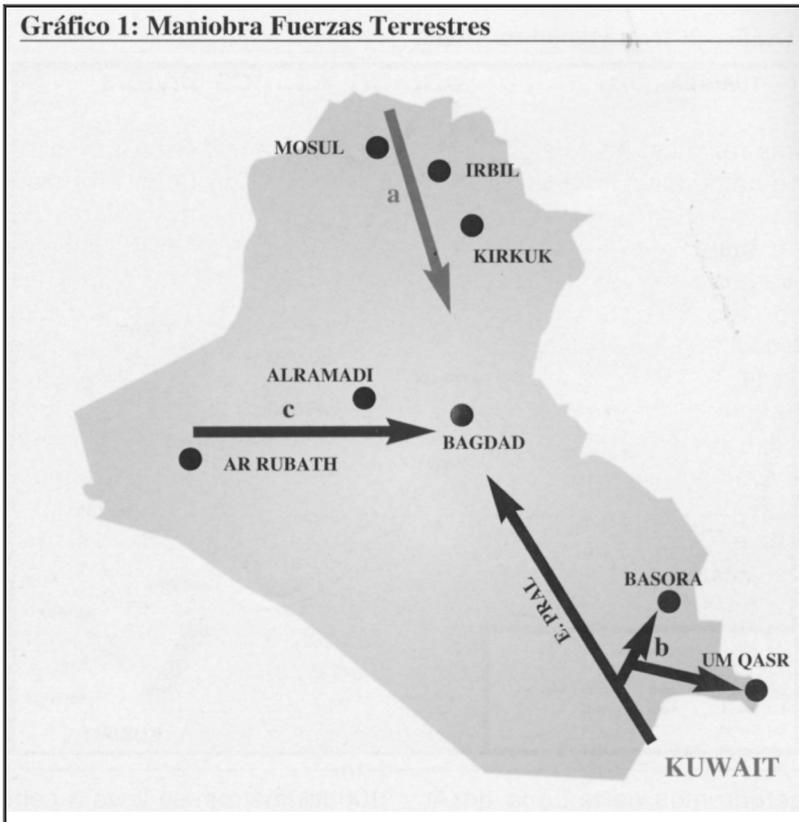
una alianza militar capaz, al menos, de igualar dicha superioridad.

Otro aspecto importante del planteamiento es la necesidad de asumir el riesgo de guerra química y biológica. Era evidente que Irak disponía de este tipo de agresivos, que constituían un recurso de combate fundamental y que probablemente serían empleados, como mínimo, en última instancia. Aunque finalmente no se produjo la agresión, para el bando aliado fue un riesgo permanente y creíble.

Dada su fácil obtención y bajo coste, estas armas están al alcance de cualquier nación, por lo que resulta imprescindible asumir con garantías este riesgo en cualquier futura confrontación, especialmente con las naciones dominadas por ideologías agresivas y fanáticas. En consecuencia, toda fuerza terrestre debe disponer de los medios y medidas adecuados y, sobre todo, proporcionar a sus combatientes la más completa y rigurosa preparación posible para afrontar la guerra en ambiente NBQ, haciéndoles capaces de vivir, moverse y combatir (alimentarse, beber, descansar, correr, conducir, combatir, luchar cuerpo a cuerpo, etc) en condiciones de eficacia táctica durante un tiempo prudencial.

La intervención se planteó para castigar al régimen iraquí, es decir, con la finalidad política —al menos tácitamente— de derrocar a Sadam Hussein, que quedó así configurado como el objetivo estratégico de la operación. Tal personificación del objetivo resulta claramente inadecuada, pues basta la evasión o la no localización del personaje (como fue el caso), para hacer fracasar en cierto modo la campaña, aun a pesar de haber alcanzado el éxito en las operaciones militares. Este desacierto ya había sido experimentado por Estados Unidos al no localizar a Bin Laden en Afganistán. En esta ocasión, la condición de Jefe de Estado del líder iraquí hizo posible alcanzar la meta con la derrota del Ejército iraquí y el

Gráfico 1: Maniobra Fuerzas Terrestres



dominio de la capital. Bagdad se configuró entonces, como el objetivo estratégico de hecho.

Finalmente, hay que destacar la decisión aliada de transmitir la idea de liberación y no de conquista. Ello supuso extremar los comportamientos de sus combatientes en todo lo relacionado con la población, sus instituciones, su cultura, sus costumbres y su religión, haciéndose indispensable suprimir o reducir todo signo de victoria y dominación, tan natural y legítimo para un ejército victorioso. Este requerimiento exige una cuidadosa preparación intelectual y moral, así como prever los medios y medidas para velar por el buen orden y funcionamiento de la sociedad, así como tutelar sus valores, una vez liberada. La cuestión adquiere una particular importancia cuando, como en este caso, la desorganización política es previsible, la diferencia socio-cultural tan acusada y, además, existe un gran patrimonio de la Humanidad.

Cobra pues una importancia excepcional la función Asuntos Civiles, que no puede limitarse a la colaboración con las autoridades civiles porque, entre otras razones, no existen, sino que ha de asumir totalmente la función “civil” (autoridad, policía, bomberos, sanidad, etc) durante un tiempo. Para ello es imprescindible contar, de manera inmediatamente posterior a la presencia de la fuerza, con el personal adecuado (normalmente nativo) pues las unidades militares, además de no estar prepara-

das ni dotadas para ello, no podrán evitar el uso de sus armas en los episodios de desorden, lo que resulta totalmente contraproducente para el efecto que se pretende conseguir.

Los Principios

Como en todo enfrentamiento, se pusieron en juego la totalidad de los principios de la guerra, siendo, probablemente, los que se revalorizaron de una forma más evidente: la voluntad de vencer, la flexibilidad y la superioridad.

La voluntad de vencer se mostró con muy distinto valor en cada bando. La fuerza aliada hizo gala, en todo momento, de una sólida fe en la victoria basada en el convencimiento de la justicia de su causa, en el respaldo sin reservas de sus sociedades nacionales (incluso en el Reino Unido, a pesar de la fuerte oposición inicial) y, de manera muy particular, en la confianza en su alto grado de instrucción, en su elevada preparación y en la excelencia de sus procedimientos y armamento.

Por el contrario, Irak mostró una exagerada e imprudente voluntad de resistencia, que luego demostró no tener. A pesar de la militarización de su población y de la movilización de todas sus actividades, de sus ostentosas y exaltadas manifestaciones de fuerza, de las alusiones al sacrificio y de la disponibilidad de abundantes fanáticos y suicidas, su voluntad de vencer resultó falsa y el respaldo social también como tan elocuente mente lo demostraron la desaparición de dirigentes, responsables, militares, fanáticos y allegados al régimen, así como las rendiciones masivas de unidades y el abandono de armas y uniformes.

Una vez más, la voluntad de vencer fue el presupuesto fundamental. Lo que hizo posible el éxito en el combate —como siempre— fue el auténtico querer vencer, un querer bien fundamentado y respaldado sin reservas. Pero la voluntad de vencer no se alcanza sólo con la profesionalidad, el armamento o la instrucción, y tampoco se puede improvisar, ni activar con consignas y promesas extemporáneas o de última hora.

Tiene que venir hecha y robustecida desde el tiempo de paz.

Otro principio revalorizado fue el de la flexibilidad. Desde el primer momento, la fuerza aliada mostró una flexibilidad extraordinaria: inicialmente, al asumir, con la operación en marcha, la anulación obligada



Un tanque M1-A1 Abrams de la 1ª División Blindada en un puesto de control en Ah Salama, Irak apoyado por un helicóptero UH-58 Black Hawk, 8 de septiembre de 2003.

de un importante esfuerzo por la negativa turca; en la ejecución, con una constante y oportuna combinación de direcciones y de fuegos profundos, a pesar de ciertas circunstancias adversas (tormentas de arena, resistencias aisladas, emboscadas, personal civil armado, etc). Las razones para esa gran flexibilidad fueron el formidable, preciso y constante conocimiento del enemigo y de su situación (capacidad de Inteligencia), la alta movilidad y potencia de sus unidades (capacidad de combate) y la posibilidad de aportar nuevas unidades (capacidad de proyección). Por su parte, la fuerza iraquí no mostró indicios de flexibilidad, tanto en su concepción defensiva como en la ejecución de sus esfuerzos resistentes. No dio muestras de una capacidad de adaptación digna de mención, ni siquiera para efectuar acciones de refuerzo.

Quedó entonces confirmado el valor esencial de la flexibilidad, teniendo muy en cuenta que la flexibilidad no se trata de improvisación ni feliz idea, sino de una adaptación inteligente de acciones y de previsiones, por lo que no basta con la flexibilidad intelectual sino que ha de estar debidamente respaldada por las adecuadas capacidades.

Por último, se puso de manifiesto, una vez más, la importancia decisiva de la superioridad. La coalición aliada fue siempre francamente superior a su adversario, en todos los momentos, lugares y circunstancias. La superioridad general aliada se puede cifrar en una potencia de combate

10 ó 12 veces superior a la de Irak, ofensiva de 100.000 frente a unos 400.000 (1), y la puntual o local en 5 ó 7 veces superior, ofensiva de una división aliada frente a otra iraquí

Los aliados hicieron un uso extensivo e intensivo de todo tipo de misiles, aviones, modernos sistemas de localización por satélite, guías inteligentes, helicópteros con altas capacidades y prestaciones, modernos carros de combate M-1 Abrams y Challenger-2, transportes acorazados Bradley, vehículos anfibios acorazados, vehículos todo terreno, lanzagranadas, armas automáticas, fusiles automáticos y de precisión, gafas de visión nocturna, un magnífico equipo individual de combate y NBQ, etc.

al 50% de sus efectivos. Pero esa superioridad general no sólo se debió a la tecnología y capacidades antes señaladas, sino también, y sobre todo, al acierto en la elección de los puntos decisivos (Um Qasr, Nasiriya, Karbala, Kirkuk, etc) y, como veremos en la maniobra, en la combinación de direcciones y en la dosificación de esfuerzos.

Los Procedimientos

En materia de procedimientos, las conclusiones son, sin duda alguna, más interesantes y que, no en balde, se trata de los modos de combatir. Aquí, y como consecuencia de la natural reserva aliada, la falta de información es todavía más acusada pero, aun así, vamos a tratar de profundizar y descender a mayor detalle. Probablemente, los aspectos más sobresalientes fueron la audacia de maniobra, el valor del fuego y la calidad de los materiales.

La Maniobra. Una vez asumida la negativa turca y a juzgar por las acciones realizadas, la operación Libertad iraquí pareció responder a una concepción de la maniobra como la siguiente: Cuatro esfuerzos sucesivos, uno principal, dos secundarios y uno complementario, iniciados desde posiciones de partida muy alejadas (ver gráficos 1 y 2). El principal en dirección a Bagdad; el secundario a) dirigido a la zona de los pozos petrolíferos de la zona Mosul-Kirkuk, con previsión de continuarlo en dirección a Bagdad; el secundario b) al puerto de Um Qasr; y el complementario previsto hacia el nudo de comunicaciones de Alramadi con posibilidad de continuarlo hacia Bagdad.

Para Irak, el único espacio con valor defensivo era la zona comprendida entre los ríos Éufrates y Tigris, dividido en dos partes diferenciadas por el estrechamiento en Bagdad: la parte norte, una meseta, con ciertas condiciones naturales para la defensa; y la parte sur, una llanura de aluvión, entre Nasiriya (excluida la laguna pantanosa próxima) y Bagdad, con una longitud máxima de unos 450 kilómetros en el sentido de la profundidad, y una anchura máxima de 275 kilómetros, en el transversal, con unas condiciones mínimas para la defensa, pero en la que se concentraron los principales objetivos iraquíes.

La fuerza regular iraquí era de unos 400.000 combatientes, encuadrados en 17 divisiones con una capacidad de combate por debajo del 50%, destacando por su superior capacidad y disponibilidad las seis divisiones de la Guardia Republicana (tres acorazadas, una mecanizada y dos motorizadas). Además, disponía de una fuerza de unos 40.000 policías.

La maniobra terrestre se ejecutó desde tres posiciones de partida: Kuwait en el Sur, donde se iniciaron el esfuerzo principal y el secundario b); el territorio kurdo en el Norte, donde comenzó el secundario a); y los aeródromos de la zona de Ar Rubath en el Oeste, donde se materializó el complementario.

El principal, con unos 550 kilómetros de desarrollo, se efectuó en tres fases:

- PRIMERA FASE: Con una acción hasta Nasiriya, en el Éufrates, a cargo de la 3ª División de Infantería Mecanizada norteamericana.

- SEGUNDA FASE: Con dos acciones, una por el oeste del Éufrates, hasta Najaf primero y Karbala después, a cargo de la misma 3ª División, y la otra hasta

Alkut, en el Tigris, a cargo de la 1ª División de Marines estadounidense.

- TERCERA FASE: Hacia Bagdad con dos acciones, una desde Karbala con la 101ª División Aerotransportada norteamericana, y otra desde Alkut con la 1ª División de Marines.

El esfuerzo secundario b), con una profundidad de unos 100 kilómetros, se llevó a cabo con una unidad tipo división acorazada británica (VII Brigada Acorazada, probablemente reforzada, y III Brigada de la Real Infantería de Marina), y alcanzó sucesivamente Basora y Um Qasr.

El esfuerzo secundario a), iniciado cinco días después del principal, se dirigió con dos acciones hasta Mosul y Kirkuk; con una profundidad de unos 250 kilómetros, a cargo de milicias kurdas, elementos estadounidenses de Operaciones Especiales y la CLXXIII Brigada Paracaidista norteamericana procedente de Italia. Su continuación hacia Bagdad parece que no fue necesaria.

Por último, el esfuerzo complementario, iniciado simultáneamente con el principal, consistió en la ocupación por tropas aerotransportadas norteamericanas de los campos de aviación de Ar Rubath. El avance previsto hacia Alramadi, con un desarrollo de unos 150 kilómetros, y posteriormente sobre Bagdad, tampoco fue necesario.

No se puede negar la audacia del plan de operaciones aliado, muy bien preparado, acompañado y apoyado por un preciso, breve y muy intenso plan general de fuegos, pero, sobre todo, ejecutado con potencia, velocidad y agilidad. Llama la atención la deliberada despreocupación por la ocupación territorial, dándole en estilo y ritmos propios de la explotación del éxito (rapidez, audacia, objetivos concretos y profundos, despreocupación por las retaguardias y flancos), que se explica no sólo por la escasa resistencia iraquí, sino también, y básicamente, por su concepción audaz. Hasta ahora, el éxito táctico se basaba en el dominio territorial progresivo, de forma que, consolidada una posición alcanzada, se proyectaban desde su fortaleza los siguientes esfuerzos y así, sucesivamente. Con ello se conseguía seguridad para las retaguardias, las vías de comunicación y abastecimientos. En esta operación se contempló exclusivamente un somero control de los espacios que se iban consiguiendo —vías de comunicación y perímetro de los núcleos de población (2)— afrontando riesgos y emboscadas a cambio de un importante ahorro de fuerzas, una elevada velocidad y de la idea de liberación.

Resulta interesante una reflexión sobre el ritmo de la operación. En sus prolegómenos, algunos creyeron que el conflicto se resolvería como una “guerra de seis días”, mientras que otros se inclinaron por considerar que sería interminable, tipo Vietnam. La realidad es que quedó resuelto en 19 días: el 20 de marzo se inició

la operación, el 22 se ocupó Nasiriya y se controló Basora y Um Qasr, el 25 se alcanzó Karbala y el 27 Alkut (detención por tormentas de arena, hostigamiento en retaguardias, abastecimientos y evacuación de prisioneros), el 28 se lanzaron los paracaidista en el Norte, en 4 de abril se alcanzó Bagdad, el 8 se ocupó y dio fin a la operación terrestre.

A modo de comparación y teniendo en cuenta la extensión de Irak (aproximadamente igual a la de España), se puede subrayar que en la Guerra de los Seis Días se dominó en territorio seis veces menor pero sólo en la tercera parte del tiempo, y la “guerra relámpago” sobre Francia y el Benelux, con un territorio ligeramente superior, finalizó a los 38 días, es decir, en el doble del tiempo. Se puede considerar entonces que el ritmo alcanzado fue realmente impresionante.

Las posibilidades de Irak, una vez descartada la acción aliada contra Bagdad procedente del Norte, se redujeron a una resistencia en profundidad en la llanura de aluvión entre los ríos con la finalidad de ganar tiempo (proximidad del verano), una defensa a toda costa en Bagdad, y un hostigamiento y resistencias concretos en los demás núcleos de población. Para la defensa en profundidad entre los ríos era imprescindible la destrucción de los puentes, obligar a los aliados a montar operaciones de paso de río y ofrecer resistencia en los puntos de paso, pero la realidad fue muy distinta, y no sólo por impotencia ante las capacidades aliadas de localización y destrucción por el fuego, sino también por la propia incapacidad y pasividad del mando iraquí que no contempló, ni en los planes ni en la ejecución, una resistencia organizada. Por lo que se refiere a la defensa en Bagdad, último reducto del régimen y donde cabía esperar un esfuerzo resistente final tipo Stalingrado, tampoco la resistencia fue la esperada, a pesar de emplear en ello las divisiones de la Guardia Republicana. Y respecto a la resistencia en los demás núcleos de población, tampoco Irak fue capaz de ofrecer un hostigamiento sistemático.

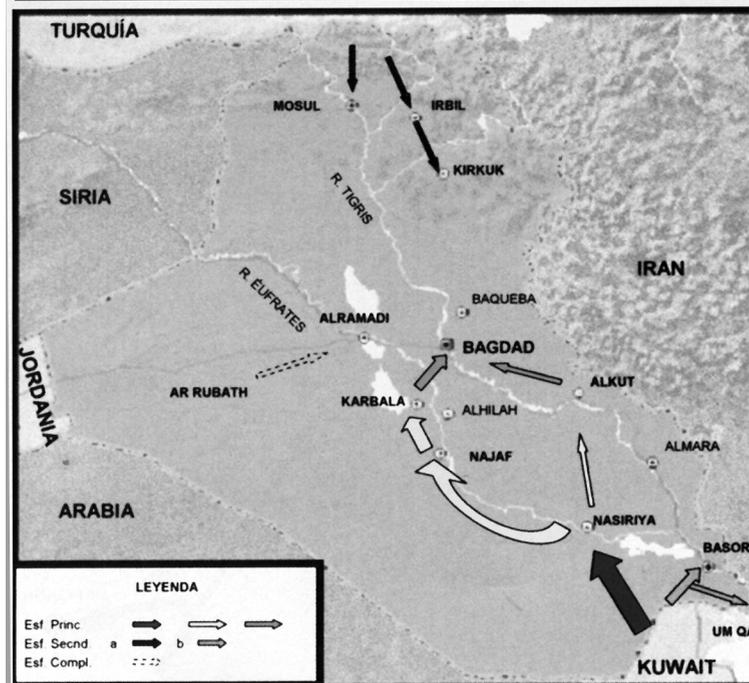
Como conclusión cabe señalar que, en el marco de la confrontación en el “campo de batalla vacío” y desde una manifiesta superioridad, la maniobra del futuro debe ser concebida con una gran audacia y ejecutada con una rapidez muy superior a lo que hasta aquí ha venido siendo habitual. Una fuerza terrestre moderna, en un enfrentamiento asimétrico favorable, ha de ser capaz de utilizar, coordinada y ágilmente, grandes unidades muy diferentes (pesadas, ligeras, anfibas y aerotransportadas), y con esquemas de maniobra similares a la propia de la

explotación del éxito. En el caso de asimetría desfavorable, ha de ser capaz de realizar una defensa móvil o en profundidad, con ciertas posibilidades de éxito.

El fuego. Un aspecto muy destacado fue la eficacia de los fuegos aliados, tanto los de preparación, efectuados en beneficio de la operación (misiles y bombas lanzados desde barcos, aviones y helicópteros), como los propios de la maniobra (helicópteros, artillería, carros de combate, morteros, armas automáticas y armas individuales). En todo momento, la fuerza aliada hizo uso de fuegos oportunos, precisos y potentes como consecuencia de la eficacia de sus técnicas de localización, señalamiento y seguimiento de blancos, de la amplia gama de vectores de lanzamiento y de efectos destructores, así como de la excelente calidad de su armamento. Todo ello hizo posible un fuego plenamente satisfactorio y, lo que es muy importante, con un nivel de bajas extraordinariamente bajo, tanto militares como “colaterales”.

A este respecto, conviene llamar la atención acerca de las bajas producidas por el fuego propio o “amigo”, pues gozando de un sistema de fuegos tan perfecto, para algunos parece inaceptable. En primer lugar, hay que subrayar que estas bajas fueron mínimas; dada la gran cantidad de medios empleados, se reducen a accidentes aislados y concretos. En segundo lugar, hay que decir que ni siquiera esas bajas accidentales debieron haberse producido, pues la eficacia del procedimiento ofrece las suficientes garantías para evitarlo.

Gráfico 2: Iraq Maniobra Aliada



Cuando se produce un fallo, por accidental y pequeño que sea, hay que achacarlo a la siempre posible capacidad enemiga para interferir el sistema o a las deficiencias propias en su explotación, por ligeras que sean. La primera causa es difícil de superar y se consigue con el perfeccionamiento de las anti-contra medidas, pero la segunda es cuestión de una instrucción intensiva y lo más completa posible, especialmente cuando se trata de fuerzas aliadas, pues el combate conjunto y combinado, o la interoperabilidad entre unidades, no se reduce a una simple aplicación de un procedimiento, sino que se trate de la máxima compenetración intelectual, funcional y práctica de mandos, ejecutantes y armamentos. Todo esfuerzo que se haga en este sentido para mejorar la eficacia y seguridad del fuego de un ejército, redundará en un beneficio enorme, porque sus efectos serán más resolutivos, rápidos y precisos, con menores consumos y mínimas bajas (amigas y enemigas):

Con relación a los fuegos propios de la maniobra, hay que subrayar su formidable adaptación al ritmo de maniobra. La elevada velocidad de progresión de las unidades se vio perfectamente correspondida por la potencia, precisión y oportunidad de todos sus elementos de fuego. En este aspecto, hay que destacar el papel de los helicópteros armados para desempeñar esta función. Con independencia de cualquier otra consideración sobre el empleo de los helicópteros, su importancia como elementos de fuego intrínsecamente propios de la maniobra terrestre, se mostró extraordinaria y puso de relieve la necesidad de disponer de tan eficaz elemento.

El material. La excelencia de los materiales aliados fue también evidente. Aunque es sabido que el material no lo es todo en el combate, su uso nuevamente de manifiesto que ayuda —y mucho— al éxito táctico, hasta el extremo de llegar a ser determinante. Es verdad que el material sirve de poco si el combatiente que lo utiliza carece del espíritu de soldado, pero también lo es que, sin el material adecuado, es impensable alcanzar la victoria por muy valerosos que sean los actos de los combatientes. El valor del combatiente tiene que estar debidamente respaldado por el material, y viceversa.

Irak, prácticamente sin aviones ni helicópteros, sin sistemas localizadores, con armas antiaéreas anticuadas, con carros de combate *T 54-72*, minas tradicionales, basando su fuerza en los viejos fusiles *AK-47* y cohetes *RPG-7*, y sin utilizar el recurso extremo de sus armas químicas y biológicas, tenía muy poco que hacer frente a toda una panoplia de armas y materiales aliados tan sumamente capaces y eficaces.

Los aliados hicieron un uso extensivo e intensivo de todo tipo de misiles, aviones, modernos sistemas de

localización por satélite, guías inteligentes, helicópteros con altas capacidades y prestaciones, modernos carros de combate *M-1 Abrams* y *Challenger-2*, transportes acorazados *Bradley*, vehículos anfibios acorazados, vehículos todo terreno, lanzagranadas, armas automáticas, fusiles automáticos y de precisión, gafas de visión nocturna, un magnífico equipo individual de combate y NBQ, etc.

Es evidente que el coste del material es muy importante, pero también lo es la garantía que proporciona un material adecuado. Por ello, todos los esfuerzos que una nación realice para dotar a su Ejército de un material de la más alta calidad, será siempre una buena inversión, insustituible en términos de seguridad.

Finalmente, hay que señalar la eficacia de un moderno sistema integrado de mando y control, así como de unas comunicaciones adecuadas. En todo momento, la acción del mando aliado fue posible por el perfecto, puntual y oportuno conocimiento de la situación, así como por la seguridad de funcionamiento del sistema de comunicaciones. Otra necesidad imperiosa para lograr, junto con las ya señaladas, la eficacia de la fuerza.

Conclusión

Aun a pesar de la escasa e imprecisa información disponible, la guerra desarrollada durante la primavera de 2003 en Irak ofreció unas primeras enseñanzas muy interesantes sobre las que conviene profundizar.

En cuanto a los planteamientos, quedó claramente establecida la trascendencia de la superioridad tecnológica, el acierto en el señalamiento del objetivo estratégico, la asunción del riesgo NBQ y el adecuado desarrollo de la función de Asuntos Civiles.

En materia de principios, se confirmó el valor insustituible de la voluntad de vencer, así como las ventajas proporcionadas por el sistemático ejercicio de la flexibilidad y la superioridad.

Por último, hay que subrayar que en lo que se refiere a los procedimientos, la audacia en la maniobra, la eficacia del fuego y la excelencia del material constituyen factores multiplicadores de la potencia de combate definitivos. **MR**

NOTAS

1. Los cálculos de la potencia de combate son una apreciación personal del autor, de acuerdo con su propia experiencia.

2. Con excepción de Bagdad, los núcleos urbanos tenían escaso valor para los aliados y la resistencia en ellos presagiaba muchas bajas, un efecto contrario al liberador, y hacía necesaria más presencia de grandes unidades de Infantería para proceder a la reducción calle por calle, casa por casa. La acción aliada fue entonces renunciar a su dominio, desbordándolos y limitándose a su control exterior, sin llevar a cabo el cerco.